

## hoy escribe

Pablo Sorozabal(\*)

## zelatan

## Orgasmo y revolución

La escritora Teresa Aldamiz me trae de Nicaragua el libro «Canción de amor para los hombres», cuyo autor es Omar Cabezas, miembro de primera hora del FSLN, guerrillero y en la actualidad uno de los comandantes de la Revolución Sandinista.

Si antes de leerlo agradecí mucho a Teresa su regalo, ahora, tras su lectura, mi agradecimiento es aún mayor, pues se trata de una obra literaria de primerísima magnitud, que me ha deparado un extraordinario gozo. Confieso que al comenzar a leer el libro —nada breve, por cierto: 578 páginas— pensé que no pasaría de ser una muestra, por muy valiosa que fuera, de la literatura testimonial y política. Pero la realidad es otra. Sobre la base o punto de partida de lo político-testimonial, Omar Cabezas construye una narración profundamente poética, si por este manido término entendemos no las habituales cursiladas académicas burguesitas sino que nos remontamos, para su cabal entendimiento, a sus orígenes: la voz griega *poiesis* significa «creación» y se deriva de *poieo*, «yo hago» (Joan Corominas, Dic. Etim.).

Hacer poesía es, en efecto, algo más —más allá— que ensamblar palabra tras palabra en pos de una estructura formal susceptible de ser convencionalmente reconocida como diferencialmente opuesta a esa otra estructura formal llamada prosa. La poesía —la auténtica poesía— admite o, más bien, se constituye en dos ritmos fundamentales: el verso y la prosa. Hay verso no poético (o antipoeético), lo mismo que hay prosa no poética (o antipoeética). Y viceversa.

Omar Cabezas se nos revela todo un Homero nicaragüense. Su «Canción de amor para los hombres» tiene mucho de una Odisea moderna, y no sólo por su naturaleza épica —esto es, narrativa de unos hechos, como en el caso del inmortal poema homérico— sino, sobre todo, por la tesitura o temple en que tales hechos son objeto de tratamiento narrativo. Además, «Canción de amor para los hombres» posee connotaciones de Bildungsroman (de lo que, en cambio, no tiene connotación alguna, al contrario de lo que a primera vista podría pensarse, es de diario: es, sí, una narración día a día, pero su autor ha tenido la feliz intuición, o reflexión, de no enfocarla estructuralmente como un diario, enfoque

que, de haberlo elegido, sin duda habría trivializado el relato, convirtiéndolo en mero desahogo personalista).

Tanto es lo que cabría decir acerca de esta singular obra literaria (por ejemplo de su abrumadoramente rico lenguaje en el que se entremezclan toda suerte de voces y giros populares, locales, coloquiales y barbáricos vivos en el castellano nicaragüense), que rebasaría con creces los límites de este artículo. Opto, en consecuencia, por un comentario restringido y, dentro del mismo, quisiera centrarme en un rasgo que me parece particularmente digno de mención por su trascendencia. Me refiero al espíritu totalizador (para mí, transcendental) que impregna todas y cada una de las páginas del libro. Totalizador, digo, y creo yo que digo bien, pues «Canción de amor para los hombres», y este es su más alto valor, no se limita a hablar en y para ese momento dialéctico (de importancia suprema) que es la lucha política y, dentro de ella, la lucha armada, sino que su discurso es, radical y esencialmente, el discurso de lo total humano (sin por ello caer ni un sólo instante en el discurso falaz e hipócrita del «humanismo» y el «universalismo» burgueses!).

Las décadas de los sesenta y setenta concieron un reavivamiento del interés por la problemática de lo sexual. Fue un interés feliz y, en mi opinión, lo único positivo que ha «traspasado» las siniestras barreras defensivas que el imperialismo capitalista procedió a levantar con éxito contra la revolución que en aquel entonces asomaba en el horizonte. El psicoanalista Wilhelm Reich (cuya etapa marxista y revolucionaria no tardó en dar paso a un reaccionarismo ideológico en el que no faltan connotaciones personales de demencia) fue un pionero de la comprensión de lo necesario e insoslayable de una totalización teórica en la que no quede marginada la problemática de lo sexual y, dentro de ésta, el lugar que ocupa el orgasmo. Su obra «Die Funktion des Orgasmus», abrió caminos al entendimiento de una cuestión secularmente intratada y maltratada, auténtico tabú en el proceso evolutivo de las fuerzas de producción y sus superestructuras religiosas, ético-filosóficas, etc. Pero Reich no pudo sustraerse a un «cientifismo» de características

harto cuestionables, amén de una pedantería académica difícilmente tragable. De ahí el que, una vez más, la poesía vaya por delante —o en todo caso enderece los entuertos— de la ciencia y la filosofía, como se revela en la obra de Omar Cabezas que nos ocupa, cuyo capítulo 17 —uno de los más bellos y admirables del libro— es todo un «tratado» que para sí habría querido Wilhelm Reich y muchos otros sesudos «sexólogos» del siglo XX. Veamos alguna muestra: «Era un enamorado de los orgasmos de ella, porque bueno, el orgasmo es algo lindo, es una de las manifestaciones más bellas; pienso que no hay nada más hermoso, nada más completo y redondito que el orgasmo». «Entonces, cuando iba llegando al climax de la felicidad, parecía que los ojos se estaban riendo junto con su cara o la cara, con su cuerpo, que yo podía ver porque me encantaba en ese momento estaría viendo a los ojos». «Lo cierto es que había un momento en que, de repente, se desprendían y salía una increíble lluvia de soles, como que se le iluminaba la cara, era un brillo brillante el de la cara y el de los ojos y los abría y pestañeaba y quedaban al desnudo, desnudos, pero cuando lo hacía era para darle una mayor profundidad a lo que encerraba, era como una lluvia de luces, era una lluvia de ríos, de risas y de ricas, un caudaloso invierno de mañana... qué sé yo, no soy poeta». «Entonces no cerraba los ojos, o mejor dicho, los cerraba cuando la estaba acariciando, pero cuando iba a llegar al orgasmo nunca los cerraba y, por lo general, sonreía».

Quien esto escribe es un guerrillero, un revolucionario nicaragüense inmerso en las más duras y terribles condiciones de vida imaginables, las de la lucha armada clandestina. Omar Cabezas se nos muestra un ser humano total, un hombre que no compartimentaliza ni restringe ni soslaya nada esencial a lo humano, puesto que la revolución es lo humano total y no otra cosa. Esta es su grandeza.

Permítame, comandante Omar Cabezas, que desde Euskadi, desde un pueblo en lucha por su libertad y su revolución, le diga —con el pensamiento puesto en nuestros quinientos presos políticos—, eskarrik asko por su «Canción de amor para los hombres»!

Música y escritor

## FED UP

Orain dela bi aste, Abuztuaren 14-15ko gauetan hain xuxen, kaserna bat eraso zuten Turkiako kurdian abertzaleek Siran-go probintzian; bertako iskulu guztiak ebatsiz. Tirokaldian, eta kurdian gerrillarien gulerak ezagunak ez direlarik, zazpi polizia eta hiritar bat gertatu ziren hilik.

Turkiako Kurdistanen gertakari hauek errepikatzean, Ankara-ko prentsa osoak eta alderdi politiko guztiak, ahobatez, hau esan ohi dute: «Fed up!». Ankaran ere aseturik daude kurdianren «terroristaz». Turkian ez dago, egon, kurdiarrik bat ere: «Bidelapurrak» omen daude «Ekialdean», «Turkiako Mendialdean». Ez besterik!

Hemengo hiper-demokratek ez dute honetaz deusik esaten. Turkiako «anti-terroristak» eta hemengo hiper-demokratik eskuz esku ari baitira «Estatu»ren eta «ordenua»ren defentsa amarrutuan.

Orain dela 11 urte, lege martzialaren pean bizi dira «Ekialdeko menditarrik». Zer axola?

Hori bai, ordea: kaserna bat erasoa... Lotsagarria!

52 miloi biztanle ditu Turkiak. Kurdiarrik, zenbat ote? Ezin erantzun. 2 miloi gutxienez. 5 miloi agian; Estatuko 8 edo 10 ehuneko. Gutxi. «Minnoria Bat». Kaka-nahastale mordoska bat... Eta Ankaran bat egiten dute denek «Ekialdeko desordeniak» amartzeko. Gauza ezaguna da, bestalde, «kako mugaz bestaldean» dagoela; Irak-en, alegia. Hori bakarrik ez: Mardin-go «basean», elkarrekin ari dira Turkiako eta OTAN-eko militarrik...

Isil gaitetzean, beraz.

Mundu guztiko hiper-demokratik ok-egiteko heineraino daude kurdiarrez aseturik. Mukurru.

TXILLARDEGI

## hemeroteca

## Premiar servicios

(«Editorial ABC», 26-8-89)

Felipe González ha ejercido, en la adjudicación de las televisiones privadas, el que es su hábito más querido, según decíamos en nuestro editorial de ayer: otorgar mercedes, en este caso televisivas. En efecto, los servicios prestados por el diario adicto en momentos clave de la situación política española han sido recompensados. Los principales informes técnicos eran negativos, pero los criterios políticos se han impuesto al fin. Ocurrió hace algunos años con la Cadena SER y ha vuelto a ocurrir ahora con la televisión. Los temores de un grupo empresarial catalán se han confirmado plenamente.

González tiene por norma premiar los servicios. Esta norma ha saltado por encima de las discrepancias existentes en el Consejo de Ministros sobre la cuestión, donde el actual ministro de Transportes y Comunicaciones, ha hecho valer argumentos contrarios a la adjudicación de la cadena al Canal Plus. Algo si puede afirmarse con rotun-

dad, y sin duda ha debido de pesar también en las posiciones contrarias a esa concesión: la firme defensión de los Gobierno democráticos de no favorecer la formación de monopolios. Este riesgo existe en el caso que nos ocupa, por más que la ley marco de las televisiones privadas pretendiera introducir cláusulas restrictivas. Pero todo esto de los monopolios, de los «trusts», ha debido de parecerle algo irrelevante al presidente del Gobierno. «Conceder» la televisión privada por lo menos a un grupo adicto era obligado para Felipe González.

Los contudentes  
«negros»

(«Ya», 26-8-89)

Los antidisturbios de la Policía autónoma volvieron a dar muestras ayer de la contundencia de sus actuaciones. Los beltzas, o negros, como son conocidos popularmente por su indumentaria, que incluye un pasamontañas que mantiene plenamente secreta la identidad de cada miembro, han ido consiguiendo

fama por la violencia que emplean en sus enfrentamientos con los manifestantes, por encima de la que exhiben los policías nacionales o los guardias Civiles.

Ayer, la Policía autónoma infiltró, además, agentes de paisano, tanto hombres como mujeres, entre los manifestantes para tener una mayor información de los planes de los revoltosos.

El final de un  
monopolio

(«El País», 26-8-89)

El final del monopolio público televisivo en España comenzó ayer: el Consejo de Ministros decidió los nombres de los concesionarios de las tres nuevas redes privadas. Antena 3, Telecinco y Canal Plus tienen la obligación de emitir a pleno rendimiento, todo lo más, dentro de siete meses. Pero tampoco en esta ocasión se celebrarán unas elecciones generales bajo el signo de la pluralidad televisiva. (...)

Estos límites no impiden el reconocimiento de que ha sido finalmente este Gobierno —y no los an-

teriores de Suárez o Calvo Sotelo, ni mucho menos los de la dictadura— quien ha sacado a la luz las concesiones privadas de televisión.

Ello constituye un avance indudable en el panorama informativo y en la pluralidad de medios de comunicación en España: una contribución a la modernización social, a la democracia política y a la participación de un mayor número de ciudadanos. Para hacerlo, el PSOE ha te-

nido que renunciar a posiciones de rígido dogmatismo que lucían en sus primeros programas electorales.

El avance tecnológico habido en el campo de las comunicaciones y el papel preponderante que han pasado a desempeñar el derecho a la información y la libertad de expresión en las sociedades democráticas han obligado a los poderes públicos a una profunda revisión de sus criterios respecto de la televisión.



«Ya»